

comprometido consigo mismo y con los demás presos a escribir la vida que llevan en el presidio.

Tenía que redimirme de esta deuda, llevar a cabo esta tarea antes que ninguna otra. Cuando en la cárcel me resistía a la tuberculosis, al requebramiento, a la tristeza, a la miseria moral de los hombres, a la ferocidad de los reglamentos, veía ya una especie de justificación de este viaje infernal en la posibilidad de describirle. Entre los miles de miserables triturados por la cárcel —¡una cárcel que pocos conocen!— yo era, sin duda, el único que pudiera intentar un día decirlo todo. Ello me imponía un duro deber. No podía escribir otra cosa antes de haberlo cumplido.

Serge ha pagado esa deuda en forma magistral.—*M. R.*

POESIA

ANDINA, POEMAS LATINOS, por *Hipólito Galante*.

No sé por qué se le ocurre a uno a primera vista que es cosa anacrónica y estrafalaria la publicación de un libro de versos latinos en esta época del radio y del auto; parece que no se aviene la resurrección de los manes de Virgilio, Ovidio y Horacio con la prosa y positivismo imperantes actualmente en la vida.

Y sin embargo no es así. Y aparte de que la cultura humanística no morirá nunca mientras haya espíritus selectos, por si así no fuera, no faltan herederos del espíritu del Lacio que nos retrotraigan de cuando en cuando al siglo de oro virgiliano. Esta vez ha sido precisamen-

te un hijo oriundo de la Roma inmortal, quien nos ha querido regalar con la exquisitez de la miel hiblea y la frescura de la fuente de Castalia.

El profesor del Instituto Pedagógico don Hipólito Galante acaba de publicar un libro de versos latinos, elegantemente impreso, en el que su autor nos revela desde luego un profundo conocimiento de la hermosa lengua de Cicerón y unas aptitudes poco comunes para pulsar la lira del inmortal poeta venusino. El hecho sólo de acometer tan rara empresa es sencillamente admirable y coloca a su autor en sitio decoroso en el Gradus ad Parnassum.

Andina llama el señor Galante a su libro de versos porque, fuera de la oda a Mussolini, lo dedica íntegro a cantar glorias de personajes de aquende los Andes.

Confieso abiertamente que en el momento que cayó *Andina* en mis manos se apoderó de mí primero el asombro, luego la esperanza de un deleite espiritual intenso y en seguida una curiosidad irrefrenable. Quería, necesitaba ver por mis propios ojos la extraña publicación de un nuevo poeta latino, *rara avis!* Y devoré las páginas de *Andina*. Desapareció mi asombro, satisfice mi curiosidad, aun cuando el placer declaro no fué tan intenso como le esperaba. Y es que en las disciplinas humanísticas, los que poco o mucho hemos seguido las normas del mismo precepto horaciano:

Vos exemplaria vatum
Nocturna versate manu, versate
[diurna,

estamos de tal manera empapados en los clásicos y hemos acostumbrado de tal modo el oído y el espíritu a las armonías de los maestros insuperables, que sin querer nos ponemos exigentes y pedimos a los demás que cuando quieran subir las gradas del Parnaso se remonten hasta las cimas donde coronados de laureles sempiternos viven y vivirán siempre los dioses de la poesía; dioses, porque como dijo Ovidio:

At sacri vates et divum cura
[vocamur
Sunt etiam qui nos numen ha-
[bere putent.

Es indudable. Está hecho el oído a esa música suave y deliciosa que encierran los versos de Virgilio, de Horacio y de Ovidio, para no citar sino a los tres mayores poetas, precisamente los que en su versificación ha querido imitar el Sr. Galante, y cuando pulsa la lira un rapsoda, hábil, ingenioso tal vez, pero que no llega a la altura de los astros parnasianos, sobreviene una especie de desencanto.

Vuelvo a repetir que la empresa del Sr. Galante es admirable y meritoria sin duda; vuelvo a reconocer que no hay derecho para exigir que un estudioso de hoy aventaje o se iguale a los colosos de la edad de oro romana de hace veinte siglos, pero aun teniendo en cuenta esta relatividad del mérito, algo encontramos que decir de la obra del Sr. Galante y lo diremos con franqueza.

Dos cosas debemos considerar en el libro *Andina*: el fondo y la

forma. Sobre el fondo, tratándose de una obra poética, no podemos pronunciarnos abiertamente porque al poeta que se remonta en alas de su fantasía no hay que pedirle que mida las proporciones ni llamarle al sentido de la realidad. Dejaría de volar: dejaría de ser poeta.

Sin embargo, aun respetando esta facultad de campear por el espacio infinito, creemos que no está de más puntualizar hechos. Observamos en las odas de *Andina* un tono desproporcionado en la alabanza, hay demasiado incienso quemado en los altares de los ídolos, hay demasiada orquestación con bombo. El poeta pierde el sentido de la realidad y como no canta hechos ni personas imaginarias o ideales, sino seres que conviven entre nosotros, personas de carne y hueso como el resto de los mortales, de ahí que nos sorprenda esa ausencia de realidad, esa ponderación exorbitante de las personas y de los hechos. Paso por alto las otras odas y me detengo a hacer una simple observación sobre la oda a Sofia de Caviedes.

Lo que el Sr. Galante, en alas de su imaginación, nos dice de esta señora, es verdaderamente asombroso. Sin tratar de herir ni mucho menos a la mujer que sirvió de musa inspiradora, creemos que es difícil exista una mujer que reúna en sí tal cúmulo de perfecciones, que merezca los conceptos que el Sr. Galante le dedica.

Dice el Sr. Galante que ya las Gracias, que en el trascurso de los siglos no habían sido más que tres,

no serán tres en adelante, sino cuatro. Decir es; pero el poeta no se conforma con esto, y agrega que Júpiter tendrá que confesar que ha lanzado al mundo dos Minervas. No es pues una sola la Diosa de la Sabiduría, de las Artes y de las Ciencias y de la Paz y de la Guerra, son dos con Sofía Caviedes. Más aun: las musas ya no serán nueve en adelante, sino que ha ingresado al coro una nueva Musa, Sofía, y con ella serán diez las vírgenes apolíneas. ¿Podría ser verdad tanta belleza? ¿Qué dió origen a tales ditirambos? ¿El apellido de don Hipólito o quizás el nombre de la nueva musa por su mismo significado? Sea como sea, nos resistimos a creer en la justicia y proporción de tamaños encomios. Sé muy bien que el cantor de Mecenas reconoció que

Pictoribus atque poetis
 Quidlibet audendi semper fuit
 [aequa potestas,

pero «ne quid nimis» don Hipólito, que Horacio dice *quidlibet* y nos habla de *aequa potestas*, no *totum ni potestas amplia*. En una palabra, aun tratándose de una beldad extraordinaria, genial y nunca vista, no habría motivo para tan desmesuradas alabanzas ni aun cuando las hiciera un poeta y por añadidura galante.

En cuanto a la forma, ha querido el Sr. Galante seguir de cerca las huellas de Horacio casi siempre y alguna vez las de Virgilio y Ovidio. Emplea con predilección el poeta las llamadas estancias horacianas y en las tres primeras odas

nos da versos alcaicos, esos versos radiantes y sonoros que Horacio hizo inmortales en sus odas *Ad Thaliarchum*, *Palinodia*, *Ad Musam*, *Ad Fortunam*, *Ad Maecenatem* y otras muchas, hasta el punto de que no son menos de treinta y siete los cantos en que Horacio usa este metro tan armonioso como lírico. No anduvo desacertado el Sr. Galante en la elección de metro, porque aparte de su armonía, hay en estas estrofas una cierta facilidad para la composición por la variada combinación de sus pies, espondeos, yambos, dáctilos y troqueos.

Pero no contento con esta predilección, el Sr. Galante nos da en su oda cuarta otros dos metros diferentes: exámetros y sáficos; en la 5, 6 y 7 emplea el dístico ovidiano; en la 8 y 11 vuelve al metro lírico con el verso faleucio, y en la diez con otra linda combinación horaciana: dos asclepiadeos, un ferecracio y un glicónico. Fué en estas estrofas donde Horacio cantó a Diana *Dianam tenerae dicite virgines* y a Pirra en aquella sublime e inspiradísima oda *Quis multa gracilis...* de la que dice Escalígero que es un puro néctar y Dacier cree la más perfecta de todas las odas horacianas.

En los asclepiadeos y alcaicos del Sr. Galante se nota a veces la armonía melodiosa de los versos horacianos.

Minas cruentis oribus aspero
 Aures timentes murmure cor-
 num;

o versos como aquellos:

Addixit. Tabidis uncta cruoribus
 Quo nos non rabies corripuit fera...

pero pocas veces en verdad; son más los versos duros, inarmoniosos, que nos dan la sensación de haber salido a fuerza de consultas al *Gradus* de Noel; no se nota en ellos esa difícil facilidad tan necesaria en el vate y al leerlos, por el hipérbaton rebuscado y retorcido, por la lastimosa abundancia de sinalefas y de eclipsis en profusión y por la carencia muchas veces de cesura, se hace la lectura ingrata y nos parece caminar por un sendero pedregoso, lleno de baches y hondonadas, donde no puede libremente correr la inspiración ni la armonía.

No es nuestro ánimo hacer una crítica concienzuda y documentada sino dar simplemente una impresión del efecto que la obra del Sr. Galante nos produjo, y me abstengo, por lo tanto, de citar aquí una buena cantidad de versos que yo llamaría pedregosos, que dan la impresión de laboriosos y son ingratos al oído.

Versos sin cesura:

Te componere quotquot existerere.

Ultima funditus interirent.

Versos ingratos al oído por exceso de sinalefas y eclipsis.

In vota illum se non vana effundere cogat

Pectora afflatu haud solito aestuare...

Ha querido la desgracia que le tocara también al señor Galante una corrección de pruebas infame, lo que no es muy de admirar tratándose de una lengua muerta, y

ha salido su libro plagado de erratas, algunas de las cuales son cómicas, como aquella de «dulce Martner» en vez de «duce Martner» y otras hacen incomprendible e indescifrable el sentido del verso, como en el canto a Barrios.

Vidit Maeoniisque riusit sororibus: ille.

Confesamos que no hemos podido adivinar qué quiso el autor poner en lugar de ese *riusit*, que ha venido a estropear el metro y el sentido y hace el verso defectuoso e ininteligible.

No contento el Sr. Galante con darnos evidentes pruebas de su estro lírico, concluye su libro con un manojo de epigramas.

Si hemos de hablar con franqueza, creemos que el libro hubiera ganado con la supresión de éstos. El señor Galante, basado tal vez en que serán muy pocos los que comprendan sus sátiras, llega a expresiones demasiado crudas o demasiado libres, como aquellas:

Quod futuo, natus masculus, haud futuor,

con que termina su epigrama *In phrygianum*, o el verso aquel que pone fin al libro:

Splendet sic radiante merda sole,

verso que aun para los *απαίδεστοί* puede asegurarse que ουκ οζει τῆδε ρόδων... *Ne quid nimis*, volvemos a repetir al señor Galante. No nos parece este un final digno ni decoroso del libro, ni podría decirse

del poeta lo que decía Teocrito:
ex στοματων δε ερρεε μοι φωνα
γλυκερωτερα η μελιηρω.

Me manaban de la boca voces
mas dulces que un panal de miel.

En resumen, un bonito esfuerzo,
un simpático gesto ha sido la pu-
blicación de *Andina* con la que el
Sr. Galante ha dado una prueba
evidente de su dominio de la cul-
tura humanística, esa cultura de
la que decía don Carlos Casanueva
en su recepción a Omer Emeth en
la Universidad Católica, que era la
verdadera y la más sólida base de
la cultura universal. ¿Que en *Andina*
se cultiva en exceso la hipérbole y
se tributan alabanzas desmedidas?
El poeta en su entusiasmo y en el
calor de la inspiración puede haber
llegado a formarse conceptos que
nosotros fríamente no comprende-
mos ni aceptamos. Y en último
término, cada cual es dueño de
pensar y juzgar a las personas como
más le plazca.

Nos hemos concretado a exponer
una franca opinión y tal vez se-
ríamos demasiado exigentes al pe-
dir que el poeta cortase las alas
de su imaginación como al querer
que sus versos brotaran con esa
fluidez, facilidad y dulzura que
los clásicos latinos nos brindaron
en sus obras inmortales.—R. *Mon-
dría*.

BIOGRAFIA

LOS OPERARIOS DE LA VIÑA, por
Juan Papini.

Vuelve en este libro la trepida-
ción de Juan Papini. Su ruido habi-

tual habíase atenuado cortésmente
a fin de que el mundo escucháse
mejor el de los aeroplanos con que
el señor Mussolini proyectaba cu-
brir el sol. Lo malo es que el pla-
neta no se ha visto aun protegido
por tan grata sombra, y la fineza de
Papini se ha perdido. Ya en las
páginas prologales de *El crepúsculo
de los filósofos* decía:

Me siento henchido de unas
ansias locas de matar, de reducir
a la nada, de destrozar, de acogotar,
de retorcer el hocico de los legíti-
mos maridos de la historia sagrada,
diligente y objetiva.

Ahora reaparece, imperial, arbi-
trario y duro. Hace mucho tiempo,
tal vez hacia 1918, Papini, que
ejercía el periodismo en *La Voce*,
publicó el artículo *L'Italia risponde*
que luego circuló traducido en Es-
paña. Era una afirmación de la
línea cultural e histórica de Italia
con inmediata presencia del abo-
lengo romano. Este su nuevo li-
bro parte de las ideas de aquel
artículo «como una planta de su
simiente». Y se encuentra con un
clima sobremanera propicio. Toca
la casualidad de que el señor Mus-
solini está empeñado en traer al
presente la Roma antigua y cal-
zarle su camiseta. *Los operarios
de la viña* contiene estudios sobre
Julio César, Cristo, los evange-
listas, San Francisco, Jacoponi de
Todi, San Ignacio, De Maestri,
Manzoni, Pío XI, Giuliotti, Pe-
trarca, Buonarroto, Chiglia y Ro-
manelli. Hay en sus páginas algún
estudio biográfico de magnífica in-
terpretación. Mas conviene decir